

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXI
Enero-Junio 2005
Número 39

SUMARIO

ESTUDIOS

Miguel Álvarez Barredo
Queja de Habacuc ante Dios por la violencia de su entorno: perfiles literarios y tecnológicos de Hab 1,1-4 1-32

Antonio Gómez Cobo
Gozo y alegría. Metáforas de conversión en la «Homelia in laude Ecclesiae» de Leandro de Sevilla 33-85

J. Silvio Botero Giraldo
La fidelidad conyugal, intento de una nueva fundamentación 87-108

Fernando Uribe
El Francisco de Buenaventura. Observaciones después de leer la «Leyenda Mayor» 109-142

Francisco J. Gómez Ortín
El San Francisco, del Teológico (II) 143-173

Domingo Navarro Ortiz
José López Almagro desde una triple perspectiva: sociolaboral, educativa y religiosa 175-202

NOTAS Y COMENTARIOS

Gonzalo Fernández Hernández
Una leyenda monofisita y dos tradiciones alejandrinas en el «crónica» de Juan de Nicio 203-207

Manuel Lázaro Pulido
Reflexiones sobre el Laicismo 209-225

BIBLIOGRAFÍA 227

LIBROS RECIBIDOS 275

EL SAN FRANCISCO, DEL TEOLÓGICO (II)

FRANCISCO GÓMEZ ORTÍN

Según prometimos, cumple ahora, en esta segunda entrega, descifrar la extraña iconografía del cuadro de San Francisco, ubicado en el Instituto Teológico de Murcia.

El tema del lienzo representa un legendario suceso, según el cual el Papa y otros pudieron ver el cuerpo de San Francisco en su tumba, erguido, aunque muerto. Dilucidemos cómo se fraguó esta leyenda. El fabuloso hecho se basaba en una carta apócrifa de Francisco de Baucio, duque de Andria, recogida en la Crónica franciscana de Fr. Marcos de Lisboa en 1557, repetida por varios autores, y divulgada por Wadingo con carácter oficioso en 1623 y 1625. Allí se narra cómo Nicolás V, estando en Asís, bajó a la cripta de la iglesia con unos acompañantes, y vieron que el cuerpo de San Francisco estaba erecto en pie, los ojos al cielo, las manos en las mangas, y las llagas con sangre fresca. En el siglo XVIII, el franciscano conventual Raimundo Missori llegó a atribuir la inspección del cuerpo del santo, no a Nicolás V, sino a Gregorio IX. Los padres franciscanos editores de Wadingo (1931) afirman contundentemente: "Todo lo que se dice del acceso al sepulcro de San Francisco y de la contemplación de su cuerpo y los de sus compañeros, ha de ser absolutamente rechazado, como fábulas" (Annales, 263 nota). Y asimismo, califican de "carta fabulosa" la relación del duque de Andria sobre la visita de Nicolás V al sepulcro del santo, y que Waddingo transcribe íntegra (Annales, 267, nota). La legendaria creencia fue tenida como verdad histórica desde finales del siglo XV hasta el siglo XIX, no sin que faltara algún impugnador, como el bolandista Suyskenus en 1768. La controversia sólo se dirimió con el hallazgo del cuerpo de San Francisco en 1818, quedando patente la falsedad de la leyenda. En 1824, León XII instituyó la fiesta de la Invención del cuerpo de San Francisco.

Bibliografía

- (Agüera) José Carlos Agüera Ros: “De Galle a Leu para iconografía pictórica franciscana seiscientista”, en *Carthaginensia*, 35 (enero-julio 2003).
- (Angulo) Diego Angulo Iníguez y Alfonso E. Pérez Sánchez: *Historia de la Pintura Española. Pintura Madrileña. Primer tercio del siglo XVII*. Madrid, CSIC, 1969.
- (Arques) *Colección de Pintores y Escultores desconocidos, sacada de instrumentos antiguos auténticos*. Por el R. P. Maestro Fr. Agustín Arques Jover, mercedario . Estudio y notas: Inmaculada Vidal , Lorenzo Hernández Guardiola. Alcoy 1982.
- (Bihl) Michael Bihl, ofm.: “*De epitaphio quodam apocrypho S. Francisci*”, en *Archivum Franciscanum Historicum XXI* (1928) 601-604.
- (Bohón) *Hora Seráfica. Ultima y postrimera jornada, que hizo deste mundo al cielo el más pobre caminante de los mortales San Francisco, serafín peregrino, y hombre todo endiosado. Paraphraseada con algunas anotaciones para el púlpito*. Pondérase en esta Hora y Peregrinación final, el misterio de morir en el suelo desnudo y la maravillosa assumpción del alma: el Mayorazgo que su Santísimo Espiritu está gozando en la gloria; y la prodigiosa estación del cuerpo sobre la tierra. Ofrece la distribución desta Hora en quatro quartos a los hijos del Santísimo Patriarca, en la postrera vigilia de su vida, el más indigno de su Sagrado Hábito Fr. Francisco Bohón y Arxona, Provincial que ha sido de la Provincia de Santiago. En Salamanca. Por Melchor Estevez, año de 1675.
- (Bracaloni) Leone Bracaloni, ofm.: *L'Arte francescana nella vita e nella storia di settecento anni*. Todi, Tip. Tuderte, 1924.
- (Chatel) *Saint François d'Assise. I. Vie de Saint François. II. Saint François après sa mort*. Publicado por los PP. Arsène de Chatel, ofmcap., Louis-Antoine de Porrentruy, ofm y l'Abbé Brin, sacerdote de S. Sulpicio. Paris, E. Plon, Nourrit , 1885. (Texto de la I Parte es del P. L. Cherancé, el mismo de su Vida de San Francisco). Ilustración de la Visita de Nicolás V en la cripta de San Francisco, con ocho personas (p. 265).
- (Cherancé) Leopoldo de Cherancé, ofmcap.: *Vida de San Francisco de Asís*. Traducción de E. D. A.. Buenos Aires, Ed. Difusión, 1945. (Escrito en

1880, y 1ª ed. francesa de 1883). Véase también la obra anterior I. *Vie de Saint François*.

- (Cornejo) *Chronica Seráphica. Vida del Glorioso Patriarca San Francisco y de sus primeros discípulos*. Por el P. Damián Cornejo, de la Provincia de Castilla y Chronista General de su Orden. Parte Primera. En Madrid: Por Juan García Infanzón, 1682.

- (Cornejo) *Vida del Glorioso Patriarca San Francisco de Asís*, escrita por Fray Damián Cornejo, Valencia 1884. (Reproduce la *Crónica* de Cornejo, de 1682, antes citada). Al no aparecer nombre de editor de esta obra, y sí una nota inserta en pp. 777-778, firmada por el P. M. Malo, cabría atribuirle a éste su publicación. El mismo P. Malo, que en su obra *Simulacro o Retrato de San Francisco de Asís* (1882 y 1886), omite toda alusión a la creencia, desechada en 1818, sobre el cadáver de San Francisco, sin embargo, en esta reedición de Cornejo, juzgó necesario incluir esa nota aclaratoria.

- P. Victorino Facchinetti, ofm.: *San Francisco de Asís en la historia, en la leyenda, en el arte*. Traducida por el P. Samuel Eiján. Tomo II. Barcelona, José Vilamala, 1925.

-Fr. Antonio Ferrer, guardián de S. Juan Bautista de la ciudad de Valencia, de los descalzos: *Arte de conocer y agradar a Jesús*. Origüela, Luys Berós, Año 1631.

- José Antonio Gaya Nuño: *La obra pictórica completa de Zurbarán*. Introducción de J. S. Gaya Nuño. Estudios críticos de Tiziana Frati. Barcelona, Madrid, Moguer, 1974.

- Manuel Gómez Moreno: *Catálogo monumental de la Provincia de Ávila*. Edición de Áurea de La Morena y Teresa Pérez. Madrid, Dirección General de Bellas Artes, 1983.

- *Lexikon der christlichen Ikonographie. 6. Ikonographie des Heiligen*. (Director) Kart Georg Kaster. 1974. Herder, Rom, Freiburg, Basel, Wien.

- *Primera Parte de las crónicas de los frailes menores*, por Fray Marcos de Lisboa, traducida de lengua portuguesa en castellana por el Padre Fray Diego Navarro. En Alcalá, 1568. Libro X, cap. I, ff. 186-187.

- *Tercera Parte de las Crónicas de la orden de los frailes Menores del seráfico padre sant Francisco*. Nuevamente ordenada y sacada de los libros y memoriales de la orden, por Fray Marcos de Lisboa, fraile Menor de la observancia de la provincia de Portugal. En Salamanca. En casa de Alexandro de Canova. Año MDLXX.

- Emile Mâle: *El arte religioso de la Contrarreforma. Estudios sobre la iconografía del final del siglo XVI y de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, Encuentros, 2001. Traducción de Ana M^a Guasch. (Sin las ilustraciones de la 2^a edición francesa, de París 1951).

- *Galería Seráfica, o sea, Vida del Gran Padre y Patriarca San Francisco de Asís*, ilustrada con láminas de los cuadros de Viladomat. Obra escrita por el Rdo. D. Francisco de Asís Mestres, franciscano exclaustro. Publicada a instancia del Rdo. D. José Clariana, franciscano exclaustro. Tomo segundo. Barcelona, José Ribet, 1857.

- *Las Tres Partes de las Crónicas Antiguas de la Orden de los Frayles Menores de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*, del R. S. D. F. Marcos Obispo del Puerto: Dispuestas por Fray Juanetin Niño, del Convento de Salamanca, Ministro Provincial que ha sido de la misma Provincia de Santiago. Tomo Primero. En Salamanca, Imprenta de Antonia Ramirez. Año de 1626.

- Louis Réau: *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos, de la A a la Z*. Tomo 2/vol. 3. Barcelona, Ediciones El Serbal, 1997, p. 563 (original francés 1957).

- *Década Seráfica. Oraciones panegíricas en las Fiestas Principales de la Religión de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*. Escrita por el R. P. Fr. Miguel de Salas, de la Provincia de Aragón. En Zaragoza, Herederos de Diego Dormir. Año 1696.

- F. J. Sánchez Cantón y Elías Tormo y Monzó: *San Francisco de Asís en la Escultura Española*, por F. J. Sánchez Cantón, con un prólogo de E. Tormo. Madrid, 1926.

- *Año Predicable*, por el R. P. Fr. Pedro Sánchez Ruiz, de la Orden de N. P. San Francisco, hijo de la Santa Provincia de Cartagena, Lector Jubilado, Examinador Synodal del Obispado de Cuenca y Guardián que ha sido en el Convento de dicha Ciudad. En Murcia, Phelipe Díaz Cayuelas. Parte I^a (1745). Parte Segunda (1747).

- *Epílogo de la Vida, Muerte y Milagros del Serafín Ilagado Patriarca San Francisco*. Por el P. Fr. Juan de Soria Butron, lector de Theologia, en el Convento de San Francisco, de Cuenca, hijo de la Provincia de Cartagena. Año 1649. En Cuenca. Por Salvador de Viader.

-Maurice Vandalle: *Saint François d'Assise et ses interprètes dans l'art*. Paris 1927. « El erudito Mr. Maurice Vandalle acaba de publicar una importante iconografía franciscana, con el título de *San Francisco de Asís y sus intérpretes en el arte*, la cual contiene una lista de 1400 nombres de artistas. Cítanse hasta 1.660 obras” (Fr. Samuel Prats, *No me olvido de ti*, en *Espigas y Azucenas*, 15-junio-1928, p. 336).

- Elisa Vargas y Marco Díaz: “Historia, leyenda y tradición en una serie franciscana”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. México, 44 (1975).

- VV. AA.: *L'immagine di San Francesco nella Controriforma*. Roma, Quasar, 1983.

- *Annales Minorum, seu Trium Ordinum a S. Francisco institutorum*, auctore Luca Waddingo Hiberno, Ordinis Cronologo. Tomus II. Editio tertia accuratissima auctior et emendatior ad exemplar editionis P. Josephi Mariae Fonseca ab Eborá. Ad Claras Aquas (Quaracchi), 1931. Editores Waddingiani. (1ª ed. 1625).

Textos

Pese a su extensión, transcribimos varias de las más primitivas relaciones de la susodicha leyenda, por donde se ve cómo ésta fue gestándose por acumulación de datos inverosímiles. Una fantasía desbordada y calenturienta fue inflando la leyenda con ciertas delirantes interpretaciones místicas de autores barrocos y alucinantes detalles, como que en el sepulcro, junto a San Francisco vivo, aparece también Santo Domingo.

- Lisboa (1570). (Libro Segundo, Parte III, f. 58 v.):“Cap. XXXII. Del Papa Nicolao quinto que vio el cuerpo de S. Francisco.- Fue también este summo pontífice devotísimo del padre S. Francisco, y con desseo de ver su sancto cuerpo, fuese a la ciudad de Assís, y entró en la iglesia soterraña adonde está su cuerpo, solamente con Astergio Cardenal Inglés del titulo de sant Eusebio y con el Arçobispo de Benavente [sic] y otro obispo Francés,

y con un privado suyo llamado Pedro Noceto de Luca. Y el dicho Cardenal en Roma estando para morir en el año de 1475, contó lo que avía visto al Abbad Iacome su camarero principal, / (f. 59) el qual fue después obispo de Ariano. Y este venerable obispo descubrió las cosas que le avía contado el dicho Cardenal a algunas personas y especialmente al obispo de Adria y al Duque de Adria, y a doña Leonor de Aragón, hija del Rey don Fernando de Sicilia. La qual relación, con autoridad del dicho Duque, fue publicada por toda Italia y después por toda la cristiandad, y no se escribe aquí porque queda escripta en la primera parte destas crónicas de la orden en el primero capítulo del libro décimo. El bienaventurado fray Iacome de la Marca dava testimonio de la bondad de dicho Cardenal Astergio y tambien del dicho Duque de Adria, que fue tan amigo de nuestro Señor, que todos los días rezaba muy devotamente el divino officio, como un sacerdote”. (Libro Sexto, Parte III) “Capitulo LXIII. Como el Papa Sixto vio el cuerpo del padre Sant Francisco.-... (f. 155) En el año siguiente de 1476 vino el Papa a Assis a visitar el cuerpo del padre S. Francisco que mucho deseaba ver, y el ministro general que presente estava, busco las llaves y tuvo todas las cosas aparejadas en una noche. En la qual el cardenal arçobispo de Milán, que era muy familiar al Papa, y Andrés de Norsia capitán de la guardia de su sanctidad, y el ministro general y el custodio y el sacristán que llevaba una hacha encendida en la mano, entraron con el papa en el lugar adonde está el cuerpo de sant Francisco. Y entrando y viendo el sancto cuerpo, prostrados en tierra, no se podían abstener de lágrimas y sollozos, y después reprimidas las lágrimas, con gran reverencia tocó el papa y besó las sanctas plagas de los pies y manos y del lado del seráphico padre sant Francisco, y cortó algunos cabellos de su corona que traxo por grandes reliquias, y bolbióse muy consolado. El dicho Andrés de Norsia quedó de aquella vista del cuerpo de sant Francisco con tanta devoción a la orden, que todas las veces que veía los frailes, le corrían lágrimas de los ojos. Y el summo pontífice, movido de gran hervor, tuvo pensamientos de abrir la capilla del padre sant Francisco, y mostrar al mundo la maravillosa reliquia de su sancto cuerpo, por la grande fe y devoción que haría en los christianos. Y comunicando esto con el sancto fray Iacome de la Marca para que supiesse de nuestro señor si era esto su sancta voluntad, el sancto varón después de hacer oración le dixo que era voluntad divina guardarse esta sancta reliquia secreta, para otro tiempo en que los christianos tuviesen más necesidad de les ser descubierta”.

- Wadingo (1628), cuyo texto latino traducimos. (p. 263): “No faltaron personas importantes que quisieron verlo y lo consiguieron, como el Cardenal español Gil Carrillo de Albornoz, los Pontífices Nicolás V y Sixto, el

Duque de Milán Francisco Sforzia, y ciertos varones de Asís... Entre los nuestros, y principalmente, en el sacro convento, existe la perpetua tradición y común asentimiento de que aún se conserva el cadáver del santo, erecto en pie, íntegro, ileso, con los ojos abiertos y con las llagas manando sangre fresca". Hay una nota del editor Chiappini que dice: "Todo esto y lo que sigue sobre la entrada al sepulcro de S. Francisco y sobre haber visto su cuerpo y los de sus compañeros, y lo demás sobre el asunto, todos saben que todo eso ha de ser absolutamente rechazado entre las fábulas". A continuación (pp. 263-267), el cronista recoge ampliamente testimonios de personas que presuntamente habían visto el cuerpo de San Francisco, transcribiendo literalmente sus relatos y cartas. Concluye estampando el supuesto epitafio del sepulcro de S. Francisco, que atribuyó a Gregorio IX en 1623, pero aquí no lo adjudica a nadie, el cual reza así (p. 267):

V. S. C. A.
 FRANCISCI ROMANI
 CELSA HUMILITATE CONSPICUI
 CHRISTIANI ORBIS FULCIMENTI
 ECCLESIAE REPARATORIS
 CORPORI NEC VIVENTI NEC MORTUO
 CHRISTI CRUCIFIXI PLAGARUM
 CLAVORUMQUE INSIGNIBUS ADMIRANDO
 PAPA NOVAE FOETURAE COLLACRYMANS
 LAETIFICANS ET EXULTANS
 JUSSU MANU MUNIFICENTIA POSUIT
 ANNO DOMINI MCCXXVIII
 XVI KALENDAS AUGUSTI
 ANTE OBITUM MORTUUS POST OBITUM VIVUS .

(Traducción: "Al varón seráfico, católico, apostólico. Al cuerpo ni vivo ni muerto de Francisco romano, insigne por su excelsa humildad, sostén del orbe cristiano, reparador de la Iglesia, cuerpo digno de admirar por las señales de los clavos y llagas de Cristo Crucificado, el Papa, llorando, alegrándose y saltando de gozo por la nueva criatura, puso este monumento con su mandato, mano y munificencia, el año del señor de 1228, 15 de julio. Antes de la muerte, muerto; después de la muerte, vivo").

- Juanetín (1626): I Parte. Libro IV. (p. 228) "Capítulo I. De cómo está el cuerpo de nuestro Padre San Francisco en la ciudad de Assís.- De la sepultura de N. P. San Francisco se halla escrito un testimonio, que embió el Duque de Adria al gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba de cómo

está su santo cuerpo: dado y confessado por un venerable Abad llamado don Jacobo en esta manera. Yo el Abad Jacobo teniendo grandísimo deseo de saber adónde y cómo está el cuerpo del bienaventurado san Francisco, pregunté a un señor Cardenal, el qual era fama que avía ydo con el Papa Nicolao a ver el cuerpo del dicho santo. El qual Cardenal estava tan gravemente enfermo que el siguiente día dio el alma a Dios. Y yo le pedí que me dicesse lo que en esto sabía. Y el Cardenal me dixo. Abad Jacobo hijo mio, ya sabes quanto amor y voluntad te tengo; por lo qual no devo dexar de condescender a tu petición; forçado del amor que te tengo, yo te diré lo que vi. Sabrás que el señor Papa Nicolao teniendo grande desseo de ver el cuerpo del bienaventurado San Francisco, determinó de yr a Assís , y en llegando a la dicha ciudad, embió a decir al Guardián del Monasterio de los frailes Menores, adonde el cuerpo del santo está, cómo el era allí venido con esta intención. Lo qual embió a decir con Micer Pedro de Nocedo su Secretario: y dado este recaudo al Guardián, él viendo cosa tan nueva y que otros Sumos Pontífices no lo avían intentado de hazer, temió que fuesse la voluntad del Papa desposseer a la Orden, y casa de tan grande tesoro, y llevarle a Roma o a otro lugar: y por esta razón el dicho Guardián ponía escusa e impedimento. Y sintiendo esto el señor Papa, tornó a enviar su Secretario al Guardián asegurándole que no era tal su intención. Y assí certificado el Guardián, pidió a su Santidad, que él solo con otros tres de los suyos , y no más viniesen. Y el Papa hízolo assí porque no llamó sino a mí y a un Obispo Francés y al dicho su Secretario Mizer Pedro. Y a tres horas passadas de la noche, el Guardián fue a llamar al señor Papa diziendo que todas las cosas estavan aparejadas, y assí el Papa y nosotros, llegados al lugar, vimos primeramente cierta parte de un muro bien grueso derribada y hecha una puerta, porque el Guardián la avía hecho abrir porque el señor Papa no se detuviesse. Y entrando por allí entramos en una bóveda, y en el cabo della estava un portal de mármol muy bien labrado, y estavan unas puertas de metal en aquel arco o puertas, las quales tenían tres cadenas con tres candados de diversas llaves, las quales el dicho Guardián abrió. Y abiertas las puertas salió tanta suavidad de olor, que no podíamos sufrir su fragancia. Y entonces el Guardián dixo al Papa, que su Santidad podía entrar. Y el señor Papa tomó una hacha encendida en la mano y entró dentro solo, y de allí a un largo intervalo comenzó a llorar y a sollozar tan fuertemente , que los que estávamos fuera acordamos de entrar dentro, y en entrando, vímosle estar derribado en tierra con el mismo solloço y lágrimas que avíamos oydo. Y levantándole de allí, miramos todos a una parte y a otra, y vimos todo el lugar que estava a manera de bóveda, y tenía cierto apartamiento de mármoles en medio de la dicha bóveda, y una puerta en medio a manera de coro, que no subía más que hasta la cinta, en el qual apartamiento estava el

cuerpo del bienaventurado S. Francisco. Y era cosa de admiración que un cuerpo humano muerto de tanto tiempo, estuviese de la manera que él estaba, porque estaba en pie derecho, no allegado ni recostado a parte alguna ni de mármol ni de pared ni de otra cosa. Tenía los ojos abiertos como de persona viva, y alçados contra el Cielo moderadamente. Estaba el cuerpo sin corrupción alguna, con el color blanco y colorado, como si estuviera vivo. Tenía las manos cubiertas con las mangas del hábito delante de los pechos, como las acostumbran a traer los frayles Menores. Y viéndole assí el Papa, puso las rodillas en tierra con gran reverencia, y alçó el hábito de encima del pie, y vio él y los que allí estávamos, que en aquel santo pie estaba la llaga con la sangre fresca y reziente, como si en aquella hora se hiziera con hierro en algún cuerpo vivo. Lo qual todos vimos y començamos a derramar copiosas lágrimas, viendo en aquel cuerpo maravilloso las llagas que nuestro Maestro y Redemptor Iesu Christo por nuestra reparación sufrió en el árbol de la santa Cruz. El otro pie no le vimos, porque estaba el pie cubierto con el hábito. Y miró su Santidad el lado derecho, y vio que tenía el hábito abierto, y la llaga tan fresca y reziente, como la de las manos y de los pies. Y él solo y no nosotros la besó y la boca del santo, y sintió tanta devoción y santidad, que fue cosa maravillosa según se mostrava por los efetos exteriores. Finalmente tanta consolación sentimos todos en el alma y en el cuerpo, que no mirávamos en que era ya passada toda la noche. Y el guardián dixo al señor Papa, que era ya muy cerca de la mañana, y assí salimos fuera de aquella capilla o apartamiento de mármoles. Y miramos (p. 230) a una parte y a otra, y vimos unas sepulturas cubiertas de alambre, en las quales estaban los compañeros del bienaventurado Padre enterrados, las quales abiertas, vimos que estaban todos enteros y que salía de ellos grande suavidad de olor. Y junto con la puerta estava el cuerpo del santo fray Gil. Y el señor Papa se fue a su posada, y el Guardián quedó cerrando la puerta y muro. Esto es, hermano Jacobo, lo que yo ví, por lo qual debes loar y magnificar a Dios que corona a sus santos en la gloria del Cielo y aún acá en la tierra. Yo don Francisco de Balso, Duque de Adria, doy fe y testimonio, que lo oí al sobredicho Abad Jacobo, el qual es agora Obispo de Ariano¹, que lo oyó de la boca del dicho Cardenal, el qual aquella noche dio el alma a Dios, por lo qual es de creer, que hombre de tanta autoridad, fama y estado, tan llegado a la muerte, no diría cosa que no fuese verdadera. Y por tanto debe ser esto a todos los Christianos lumbre y

¹ Ha de ser Jacobo de Cavallina, que fue obispo de Ariano desde el 8 de abril de 1463 hasta 1480, año de su muerte (Eubel, *Hierarchia Catholica medii aevi*. Munich 1914, II, 94).

confirmación de nuestra santísima fe católica, la qual el dicho bienaventurado san Francisco acrecentó en loor y honra de nuestro señor Dios”.

(p. 278) Cap. LV. “De cómo fue visto el cuerpo de nuestro Padre San Francisco.- (p. 279) Estando en Assís el dicho Cardenal Legado, llamado Egidio Albornoz, Español de nación , desseó ver el cuerpo del glorioso Padre san Francisco, cuyo devotísimo era. Y después que entró al lugar donde aquel sagrado tesoro está depositado, reverenciándolo devotísimamente , viendo las sagradas llagas impresas en el cuerpo del Seráfico siervo, con grande exclamación dixo: Verdaderamente, sólo san Francisco es suficiente para confirmar la verdad de la Religión Cristiana. Y mandó hazer una Capilla en el mismo Convento de san Francisco de Assís y un sepulcro para su enterramiento. Murió después este venerable Cardenal Egidio Albornoz en la ciudad de Viterbo, y fue llevado su cuerpo a Assís, y sepultado en depósito en la iglesia de san Francisco, como él lo avía ordenado, y después fueron sus huessos trasladados a Toledo . (p. 280) Capitulo LVII. De cómo el Papa Sixto Quarto vio el cuerpo de nuestro Padre san Francisco.- En el año siguiente vino el Papa a Assís a visitar el cuerpo de N. Padre S. Francisco que mucho deseaba ver, y el Ministro General que presente estava, buscó las llaves, y tuvo todas las cosas aparejadas en una noche para esto señalada. En la qual el Cardenal Arzobispo de Milán, que era muy familiar y acepto al Papa, y Andrés de Norsia Capitán de la guarda de su Santidad, y el Ministro General y el Custodio y el sacristán que llevaba una hacha encendida , entraron con el Papa en el lugar adonde está el cuerpo de N. Padre. Y entrando y viendo el santo cuerpo, prostrados en tierra, no se podían abstener de lágrymas y sollozos, y algún espacio después reprimidas las lágrymas con reverencia y temor tocó el Papa, y besó las santas llagas de los pies y manos y del lado del Seráfico Padre san Francisco, y cortó algunos cabellos de su corona, que traxo por grandes reliquias, y bolviose muy consolado”.

- Ferrer (1631): (pp. 136-37) “Otra maravilla; a Christo le vio San Esteban de pies en el Cielo, y allí, como dize S. Juan, haze officio de abogado nuestro: porque como se quedó con las llagas, que por nosotros recibió, las enseña a su Eterno Padre, y por ellas le pide mercedes para nosotros. Assí Francisco está en su cuerpo en su Convento de Assís en una Iglesia que ay debajo de tierra, donde jamás entra nadie; porque para celebrar las Missas y officios divinos, ya ay dos Iglesias sobre ella. Está el santo cuerpo entero, con el color blanco y colorado como si estuviera vivo: está en pie, sin estar arrimado a cosa ninguna, con los ojos abiertos, açados azia el Cielo, y las llagas tan frescas como si agora las acabara de recibir: como enseñándolas

al Hijo de Dios, cuyas son, y pidiéndole por ellas mercedes para sus hijos y para todos sus devotos y aficionados. Assí que bastava este prodigio por ejemplo rarísimo de la Passión del Salvador”.

- Butrón (1649): (f. 159 v.) “Quarta parte. Cap. VIII. De la postura extraordinaria con que está oy el cuerpo de San Francisco.- Passados eran más de dozientos años desde esta celebre traslación (1230), quando disponiéndolo assí el cielo, para manifestación mayor de la gloria de su siervo san Francisco, unas ansias grandes y eficaces afectos le sobresaltaron el corazón a Nicolao V, para ver con sus propios ojos el cuerpo llagado de san Francisco. Iuntó alguna gente grave, y con ella se determinó ir a la ciudad de Assís para lograr su fervoroso deseo. Avisó luego al Guardián superior del Convento, adonde el glorioso padre san Francisco estava, de su determinación, y cómo avía venido a aquella ciudad sólo con intención de ver el cuerpo de san Francisco, y que assí le ordenava y mandava, que dispudiesse la entrada, facilitando cualquiera inconveniente que pudiesse ser estorvo a lo dicho. Diole al Guardian el recaudo no poca pena y desconuelo, pues viendo semejante determinación y cosa tan nueva, que otros Pontífices no la avían intentado jamás, con aver sido algunos por extremo (f. 160) sus devotos, a presumir llegó no fuesse la voluntad del Pontífice desposeer a aquel Convento del más precioso tesoro que se descubría en la tierra, dando a la ciudad de Roma la joya que con tantos títulos poseía la ciudad de Assís. Y por si acaso podía desvanecer aquellos intentos del Pontífice, empezó a poner graves impedimentos. Y de verdad que los tenía; porque como aquel tesoro era tan rico, a esse passo le avían puesto en su defensa muros y antemuros para que no fuesse con mediana ocasión visto. Entendió el Pontífice los miedos y temores del Guardián, y por quitarle todo recelo, su Secretario le embió, para empeñarle su palabra y certificarle que su intento no era despojar a su Religión de tanto bien, sí ver solo con sus ojos un prodigio mayor de la Iglesia, que creya por el dicho y Fe de los otros. Assegurado el Guardián de los desinios del Pontífice, porque su Santidad no esperase, no dixo, que tendría la entrada facilitada a tal hora de la noche; pero que le suplicava que no viniese su Santidad más que con tres de acompañamiento, porque no se conmoviese toda la ciudad si acaso lo sabían. Hizo el Guardián abrir en un muro grueso, que avía por defensa de la bóveda, una puerta suficiente, lo qual hecho al Pontífice avisó, diciendo que ya estava la entrada dispuesta. Vino el Pontífice trayendo consigo a un Cardenal, a un Obispo francés y a Micer Pedro de Nocado, su Secretario; y solos los quatro, en compañía del Guardián, entraron con una hacha por la puerta del muro que avían derribado (que para ver a un hombre con semejanzas de Christo en su modo transfigurado (f. 160 v.) y elevado de sí, cinco testi-

gos, ni más ni menos, como en el Tabor convino que se hallasen), llegaron a la bóveda, que estaba debaxo de tierra, y al fin della, un portal de mármol, muy bien labrado, descubrieron, y en él unas puertas fuertes de metal, a los quales hazía aun más fuertes tres cadenas, con tres candados de diversas llaves que tenían. Abrió el Guardián las dichas puertas, y fue tan grande el ímpetu de fragancia, que salió de adentro, y suavísimo olor, que apenas le pudieron sufrir. Cogió el hacha el Pontífice, y porque a él solo se atribuyesse el ser Colón famoso y descubridor de las más preciosas Indias, solo primero quiso entrar. Fue con la luz discurriendo por la bóveda, en la qual vio ciertos apartamientos de mármoles en medio, y allí una puerta a manera de Coro, que no subía más que hasta la cinta. Acercóse más al dicho apartamiento, y en él vino a descubrir lo que buscava, que era el cuerpo de Francisco. Estava aquel santísimo cuerpo en pie, sin arrimarse a cosa alguna, tenía los ojos abiertos, como si estuviera vivo, elevados al cielo; no tenía parte el cuerpo a quien la corrupción huviesse tenido osadía para ofender; antes sí gozava del color tan roxo, como si no fuera difunto: estava el santo con las manos cruzadas delante el pecho, cubiertas con las mangas del hábito de la suerte que acostumbrava viviendo. Quedó el Pontífice pasmado a vista de aquel espectáculo, mirando a un cuerpo difunto, después de doscientos años, no solo sin corrupción, pero como si (f. 161) estuviera en todo vivo, y todo lleno de espíritu y devoción, con el corazón traspasado, y derretido, bañado en copiosísimas lágrimas, al suelo se arrojó, y allí prostrado a los pies de aquel cuerpo muerto vivo, tantos suspiros empeçó a lançar y a dar tan desmedidos sollozos, que recelándose los quatro que a la puerta se avían quedado, de algún fracaso, sin aguardar más licencia se entraron. Vieron todos lo que había visto el Pontífice, sintieron en sus almas otros semejantes efectos, y levantando del suelo a su Pastor, empeçaron a descubrir los preciosos jacintos de las llagas. Hincóse con mucha devoción el Pontífice, y levantando el hábito de encima de un pie vio él y los demás la llaga con la sangre tan fresca, como si hubiera sido hecha en aquella misma hora; besáronla, quisieron hazer lo mismo con el otro pie, pero como estava con el hábito cubierto, teniéndole preso y cogido con el mismo pie, no le pudieron ver. Fueron luego a mirar las manos, y apartando el hábito dellas, las hallaron de la misma suerte que habían descubierto la del pie, las quales también todos besaron bañados en lágrimas. Discurrió luego el Pontífice a la llaga del costado, y hallando una abertura en el hábito, la llaga vio tan fresca como la de las manos y el pie. Besóla solo el Pontífice por la decencia de tan grande reliquia; y en esta vista divertidos (f. 161 v.) estuvieron, que quando ellos pensaron que avían estado un espacio de una hora, passada toda la noche, el día vino muy cerca. Avisó el Guardián al Pontífice cómo apriesa venía la mañana, salieron de aquel apartamiento de már-

moles, y mirando en la capilla a todas partes, vieron unas sepulturas sobre la tierra, cubiertas de redes y enrejados de alambre, adonde estaban los compañeros de san Francisco: las cuales abiertas, hallaron los cuerpos enteros y con buen olor, y finalmente en la salida vieron el cuerpo del beato fray Gil. Salióse el Pontífice, y el muro después tornóse a cerrar como estava”.

- Bohón (1675): (p. 87) “Si la Estrella dicitur ab stando, hasta con la etimología de la estrella cumplió san Francisco, pues incorrupto y en pie está su sagrado cuerpo esperando el día del juicio para reunirse con su santísima ánima”. (p. 119) “Último Quarto. En que se pone y pondera la prodigiosa estación del cuerpo del seráfico Padre, sobre la tierra.- Por algunas señales con que le han visto en su santo Sepulcro testigos de mayor excepción, se colige que de el cuerpo de San Francisco muerto se puede predicar como de cuerpo vivo y glorioso. (p. 121) También es argumento de que en algún modo está ya el cuerpo del seráfico Padre glorificado, el no estar postrado, ni sentado, sino en pie, entre la tierra y el ayre .(p. 126) Por esso, en el Epitaphio, que mandó poner en su sepulcro el Sumo Pontífice Nicolao Quinto, que tuvo la dicha de verle, ordenó se pusiesse: Corpori nec viventi nec mortuo, pero todos los que negaren la posibilidad de este estado medio, por fuerza han de confesar, que ya el Seráfico Padre está vivo y resucitado. Lo primero, porque estar un cuerpo en pie sustentado sobre las mismas plantas, sin caer en la tierra, y esso no por horas ni años, sino por más de quatro siglos; este no es privilegio concedido a los que están muertos, ni aún a los vivos, que no viven con vida inmortal . Lo segundo, porque el estar con los ojos aviertos y clavados en el cielo, tan poco es señal de muerto, sino de quien vive y está en éxtasis o arrobado, pues como vemos a todos los que mueren, quando los amortajan, si acaso murieron con los ojos aviertos, se los cierran; y mientras no resucitan, no les buelven abrir. Lo tercero, porque el Seráfico Padre tiene las llagas de las manos, pies y costado, como unas rosas abiertas y coloradas, siempre con sangre reciente, como heridas frescas, y esto tampoco puede persuadir a que está muerto, antes es argumento fuerte de que vive, porque a todos los muertos se les cierran las llagas, que padecían quando vivos. (p. 141) y por quanto ni la muerte ni el tiempo, en tantos siglos han podido prevalecer contra el cuerpo del Seráfico Padre, introduciendo en él el menoscavo y corrupción, que desvaratan a los demás, sino que antes le conserva Dios incorrupto con toda su integridad”.

- Cornejo (1682): (Parte Primera, Libro V, p. 542) “Capítulo XXXIV. Maravillosa postura de el Cadáver de San Francisco en el Sepulcro.- La fama póstuma de los Santos, es la parte mas principal de sus accidentales

glorias; porque siendo para los mundanos el sepulcro profunda sima, donde en sombras de olvido, se pierden sus memorias, es para los justos una boca eloquente, que con lengua de milagros (p. 543) publica sus hazañas virtuosas. ¡O qué glorioso fue para San Francisco su Sepulcro! Aun en su misma casa le desconoce la muerte, porque en ella se conserva con señas de vida. Incorrupto enteramente su cadaver, permanece puesto en pie, respirando celestiales fragancias, vertiendo sangre fresca de las heridas, y puestos en el Cielo los ojos...O ay muerte viva, o ay vida muerta, pues ay un cuerpo sin alma, que está en pie subsistente como vivo, y no respira como muerto. Esta estupenda maravilla, nunca bien ponderada y siempre admirable, estuvo muchos años oculta y ignorada; porque como la translación de su cuerpo de la Iglesia de San Jorge al Templo nuevo se hizo con el tropel y sediciosas circunstancias, que dexo dichas, no hubo oportunidad para que se registrasse este prodigio . Fray Elias deseaba quedasse tan ignorado este sepulcro, como el de Moyses...Para este fin, después de aver puesto en la Iglesia subterránea una fuerte puerta de bronce, cerrada con tres gruesas cadenas de llaves distintas: mazizó la entrada en la forma misma de la labor de la pared maestra; y oy día está assí, porque después de las entradas que se han hecho, siempre se ha mazizado. Esta es la causa, porque desde el día de la colocación hasta el tiempo de Nicolao Quinto, ninguno huviesse entrado en la bóveda porque los Prelados, que lo hallaron assí dispuesto, no quisieron alterarlo, aprobando el dictamen de Fray Elias, que en la verdad era prudente. Fuera de esto, siendo la obra de el Templo tan sumptuosa, y tocando con especial título de propiedad a los Pontífices, aunque los Prelados de la Orden huviesssen deseado ver el Cuerpo de su Santo Fundador, nunca se atrevieran a intentarlo, y fuera temeridad hazerlo, aviendo de romper una pared maestra, acaso con riesgo de que se sintiesse la fábrica. Esto me ha parecido notar, para curar escrúpulos en los críticos de la Historia, y passo ya a la relación de este successo. Por los años del Señor de 1449, el Sumo Pontífice Nicolao Quinto, hallándose en Assís a negocios de la Silla Apostólica, tuvo ardentíssimo deseo (p. 544) de ver el Cuerpo y adorar las reliquias de San Francisco, de quien avía sido cordial devoto. Para este efecto mandó a Pedro de Noceto, Secretario suyo, que previniesse al Guardián del Convento para que diesse forma de entrar en el Sepulcro del Santo. El Guardián, que no podía resistir a precepto tan soberano, se afligió mucho, rezeloso de que el Pontífice quisiesse despojar a su Convento de tan apreciable tesoro. Convocó a su Comunidad para conferir qué medio decente se podría tomar para asegurarse de sus temores, sin faltar a tan precisa obediencia. Con la resulta de la conferencia, se fue a los pies del Papa; y le suplicó que esta función se hiciese con grande secreto, para obviar inconvenientes , que tenían a la Comunidad afligida. Parecióle al

Pontífice justa la súplica, aunque la contradixo un Obispo Francés, que se hallaba presente; pero no obstante, se dio orden para que con la posible cautela se levantasen las piedras, que cerraban la primera entrada, y se señaló hora oportuna en el silencio de la noche, que fue la décima. Eligió el Pontífice al Cardenal Astergio Presbítero del título de San Eusebio y Arzobispo de Benevento, al Obispo Francés, y a Pedro Noceto su Secretario, que le acompañasen, y permitió que el Guardián eligiese a tres de su Comunidad para el mismo efecto. Llegada la hora, y abierta en el muro la primera entrada, llegaron a la puerta de bronce, baxando quince gradas de mármol por un callexón estrecho, tortuoso y caracolado. Dio el Guardián las tres llaves de las tres cadenas; y abiertas, entró solo y primero el Pontífice con una acheta encendida en las manos. Apenas registraron sus ojos aquella estupenda maravilla, quando prorrumpió en devotos suspiros y voces, llamando a los que quedaron afuera. La postura que tiene el Santo Cadáver es esta. Está puesto en pie derecho en el ayre, y sin arrimo a parte alguna, cubierta la cabeza con la capilla, los ojos en elevación claros y resplandecientes, como si estuvieran vivos, las manos cruzadas dentro de las bocas de las mangas, los pies el uno descubierto, que se ve la llaga, y no del todo sentado en el suelo o pavimento de el Altar, el otro cubierto, cuya planta pisa la fimbria del habito, tiene el rostro buuelto al Occidente. Quando dieron lugar las lágrimas y admiración, registraron muy por menor las circunstancias, y el Sumo Pontífice levantando la fimbria, tocó la llaga del pie, y la vió con sangre fresca, como si estuviera vivo, aviendo más de doscientos y veinte años que era difunto. Permitted que le besassen el pie, y percibieron mas de cerca la fragancia. El Papa solo le descubrió las manos, y para saciar su devoción, tocó el rostro, percibiendo en todo una admirable fragancia y blandura en la carne, que solo parecía tener de muerta el estar fría. Tocó y miró la penetrante herida del costado por la abertura del hábito: al pie, que pisaba el hábito, no quiso llegar, viendo en las demás partes la frescura de las llagas. Estuvieron todos absortos en admiración espacio de seis horas; pues aviendo entrado a las diez de la noche, salieron al romper el Alva, y les parecía aver estado brevísimo tiempo. Ofreció el Pontífice la guarda del/ (p. 545) silencio por asegurar al Guardián de los rezelos que tenía, si divulgada esta novedad portentosa, se hiciese más frecuente esta visita, y se resfriasse la devoción con la frecuencia. Pero el Señor, que quiere ser glorificado en sus Santos, no quiso quedasse este suceso en silencio, y boló su fama en plumas de muchos Historiadores de aquel siglo, para común edificación de el Orbe Christiano. De esta entrada de Nicolao Quinto en el Sepulcro de San Francisco, escribió dos elegantes cartas Francisco de Bauzio, Duque de Andria, una al Obispo de esta Ciudad, y otra al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, diciendo aver adquirido esta noticia de boca

de Astergio, Cardenal Arçobispo de Benevento, testigo de vista, estando en la hora de la muerte; a lo qual se movió de escrúpulo de que cosa tan digna de eterna memoria, no quedasse sepultada en el olvido. De otra entrada dexó escrita una larga y devota relación D. Galeoto de Galeotes de Bizouquo, ilustre Cavallero, a un hijo suyo, año de 1309, en que le aconseja con instancia ponga las diligencias para lograr la dicha de ver tan raro prodigio. Capítulo XXXV. Visitan el Santo Cadáver el Pontífice Sixto IV D. Gil de Albornoz, Cardenal y otros ilustres Personages. Intenta el Santo Pio V lo mismo, y no lo consigue.- El año del Señor de 1476 Sixto Quarto visitó el Sepulcro del Glorioso Patriarca, tocó y besó sus milagrosas llagas en compañía del Cardenal Arzobispo de Milán y de Andrés de Norsia, Capitán General de la Iglesia, con tres Religiosos del Convento. Fue uno mismo en todo el testimonio que se dio en esta ocasión de este prodigio; y solo hubo de particular, que el Papa le cortó al Santo algunos cabellos de la cabeça, que traxo siempre consigo por preciosa reliquia. Tuvo pensamiento de franquear a todos esta maravilla, y abrir para este fin puerta a la bóveda, pareciéndole sería de gran emolumento a la fee y devoción de los hijos de la Iglesia. Parecióle, empero, que materia tan grave, debia consultarse mucho; y mandó al Santo Fray Juan Capistrano, encomendasse a Dios en la oración este negocio. Hízolo con ardientes ansias, y tuvo revelación de el Señor, que no convenía por aora la publicación de esta maravilla, reservada para tiempos de mayor necesidad, y más oportuno al bien público de la Iglesia, con que el Papa cessó del intento. Deseó años después ver el Venerable Cadáver el Santo Pío Quinto; previno para el efecto al Reverendíssimo Fray Juan Pico Camerto, Maestro General de los Padres Conventuales; y aviendo hecho todas las posibles diligencias para abrir la bóveda, picando el muro por varias partes, no fue posible dar en la boca, con que el Santo Pontífice cedió de sus intentos. (p. 546) En una caja de madera entró el cuerpo de San Francisco en su bóveda, allí le dexaron tendido y colocado sobre el Altar, que estava prevenido, y no le registraron ojos humanos en siglos enteros, y entonces se halla puesto en pie sin arrimo en el ayre. Convino que después de tantos años se viesse un portento, cuya noticia pudo ser provechosa para la edificación; y no conviene ya que se vea, porque no se vulgarece, quedando en el mysterioso Templo del secreto mas venerable. El Cardenal Don Gil de Albornoz fue el primero que tuvo la dicha de ver el Cuerpo de San Francisco el año del Señor de 1366. Este Príncipe, gloria de nuestra España, fue devotíssimo del Seráfico Patriarca. Reparó a expensas suyas gran parte del Convento grande de Assís, y a esta Ciudad, hizo particularísimos favores con el valimiento que tuvo con tres Papas. Estos beneficios movieron a la Ciudad y a la Religión para que con permiso de Urbano Quinto, se le franqueasse el Santo Sepulcro; y viendo en él la maravilla

de su incorrupto Cadáver, dixo: Verdaderamente, solo San Francisco, quando no huviesse otras pruebas de la verdad de la Fè Christiana, bastaba para prueba. El Epitafio, que está puesto en aquella parte o pared donde se presume estar la puerta de la bóveda, es elegantísimo, y composición de Gregorio IX, aunque no se gravó en mármoles, hasta que Francisco Esforcia, Duque de Milán, dio orden a un confidente suyo para que se pusiesse. Dize assí (p.547) V.S.C.A./ FRANCISCI ROMANI, CELSA/ HUMILITATE CONSPICUI./ CHRISTIANI ORBIS FULCIMENTI/ ECCLESIAE REPARATORIS./ CORPORI NEC VIVENTI NEC MORTUO, /CHRISTI CRUCIFIXI CLAVORUM/ PLAGARUMQUE INSIGNIBUS ADMIRANDO./ P. P. NOVAE PROLIS FOETURA LAETISSIMUS/ LACRIMANS ET EXULTANS IUSSU MANU/ MUNIFICENTIA POSUIT./ ANNO D. M CC. XXVIII./ XVI. KAL. AUGUSTI./ ANTE OBITUM MORTUUS/ POST OBITUM VIVUS. Por el epígrafe consta aver sido compuesto dos años antes de la translación; por lo qual se tiene por cierto ser composición de Gregorio Nono. Las quatro letras capitales, dizen: Viri, Seraphici, Catholici, Apostolici Las dos P.P. que empieçan el verso nono dizen: Patris Pauperum. Llámase San Francisco Romano, no porque fuesse natural de Roma, sino por muy obediente a la Santa Iglesia Romana: o porque Assís su Patria pertenece a los Estados de la Iglesia”.

- Salas (1696) (pp. 147-151): “Sermón del Seráfico Padre San Francisco: “ Ahora entiendo porqué el cuerpo de Francisco se conserva en el ayre incorruptible, porque como era todo Espíritu, ninguna jurisdicción tiene la tierra en su Cuerpo. Se conserva en el ayre, porque el ayre es el lugar propio del Espíritu. Francisco tiene un Alma visible y un Cuerpo espiritualizado. En el Sepulcro, ni está vivo, ni está muerto: Corpori nec viventi nec mortuo, dixo el Pontífice. Conservarse incorruptible el cuerpo de Francisco en pie sobre el Ara del Altar, es uno de los más espantosos milagros que admira el mundo. Solo con la extremidad del pie derecho toca en el Ara. Y este es Portento tan grande de la gracia, que solo puede tener por idea a Christo en la Gloria...Pero, ¿porqué quiere subirse Christo a los Cielos en essa forma, el un pie sobre el otro, como los tuvo enclavados en la Cruz? Porque es la senda de la Gloria tan estrecha, que solo cabe en ella el un pie.. Pues assí subió Christo a los Cielos, y assí subió Francisco. Y para dar a entender que por el sendero angosto de la Cruz subieron los dos a la Gloria, Christo tiene el un pie sobre el otro en el Ara de la Cruz, y Francisco solo toca con la punta del un pie en el Ara del Altar...Y como en senda tan angosta solamente cabe el un pie, en un pie se sustenta San Francisco sobre el Ara del Altar porque solo anduvo con un pie por la senda estrecha de la Cruz. Hasta en eso se pareció a Christo al entrar su Majestad en la Gloria.

Porque es privilegio especial de San Francisco estar en la misma disposición en la tierra, que tiene Christo en el Cielo.. Pues assí está Francisco en el Sepulcro. En pie, como Glorioso. En pie, como Christo. En pie, como vivo, y sin movimiento, como muerto”.

- Sánchez Ruiz (1745): P. I. Sermón XIX de N. Padre San Francisco, predicado en el Convento de Santa Clara de Murcia (p. 398) “En pie derecho en el ayre se venera el Cuerpo de mi Padre Seráfico en su sepulcro. Próximo a su Cuerpo, escriben Wadingo y Sedulio, está en pie otro Cuerpo vestido con el Ábito de mi Gran Padre Santo Domingo, con tal elevación de ojos, que parece estar los dos vivos. No dudo con el mejor Guzmán que está sepultado en Bolonia mi Padre Querúbico; por lo que creo, que será algún Ángel vestido de Dominico que glorifique el Cuerpo de mi Padre Seráfico”.

Íd. (1747): P. II. Sermón XXV, de Nuestro Padre San Francisco, predicado en la iglesia parroquial de San Miguel de Murcia (p. 440) “Con admiración del mundo, gozas en tu sepulcro el privilegio, que no ha concedido el Cielo a otro Santo: Estás como vivo en pie, porque la tierra no tiene sobre tu sagrado Cadáver jurisdicción.” (p. 442) “De mi Patriarca santísimo ha cinco siglos que admira el mundo estar en su sepulcro en pie su cuerpo, puestos en elevación al Cielo sus ojos, y sus preciosas llagas frescas y rubicundas”. (p. 451) “En una caja de madera entró el cuerpo de San Francisco en una bóveda. Allí le dexaron tendido, sobre un Altar colocado. No le registraron ojos humanos en siglos enteros; y oy se halla puesto en pie derecho en el ayre. Por los años del Señor de 1449, entró el Sumo Pontífice en el sepulcro del Santo. Admira el singular prodigio de estar en pie derecho , sin arrimo a parte alguna, cubierta la cabeza con la capilla, los ojos en elevación, las manos dentro de las bocas de las mangas, las llagas con sangre fresca, y el rostro buuelto al Occidente. A la entrada del Sumo Pontífice en el sepulcro del Santo, advierte que el santo cadáver le hace con la cabeza reverencia. Postróse el Padre Santo a besarle el pie, pero el Santo le retira. Quiere ponerle su Anillo Pontifical en el dedo, y el Santo esconde la mano. Mándale el Papa por santa obediencia que le admita, alarga la mano, y con él se queda. ¿Estos no son movimientos de vida? Luego ha resucitado mi Santísimo Patriarca. Estar en pie, como él solo, no como los demás muertos, tendido, es no haver muerto ”.

- Arques (h. 1780): (ed. 1982, p. 188) “Polanco, pintor. El lienzo que hay entrando en la portería del convento de San Sebastián, de franciscanos recoletos de Cocentina, que representa al santísimo Patriarca Francisco en

el sepulcro de pies, y el Papa y cardenales que lo registran, dice: “Polanco ft.”. Lo han renovado y borrado.

- Mestres (1857): (p. 288) ““En cuanto al modo con que está enterrado su cuerpo, dice Wadingo, nadie que yo haya visto lo ha expresado ni hay ninguno de los nuestros que escriba que él lo ha visto”. Refiere el mismo Wadingo que S. Pío V tuvo deseo de visitar el cuerpo del santo, y que mandó al General de los PP. Conventuales que buscase el camino por el cual se bajaba al subterráneo donde estaba sepultado. Aquel general en cumplimiento de la orden, hizo practicar algunas escavaciones, trabajando día y noche; pero no fue posible dar con ninguna escalera . En 1820 el Sumo Pontífice Pío VII hizo buscar el cuerpo de san Francisco. Se tuvo que trabajar 52 noches arrancando piedra, al cabo de las cuales se encontró en fin una caja de piedra asegurada con fuertes barras de hierro, colocada debajo del altar mayor. Varios autores habían escrito que algunos personajes, y entre estos Nicolás V habían bajado a aquel subterráneo y que habían encontrado a san Francisco incorrupto y estando de pie. Nada de esto se ha verificado en la invención de su santísimo cuerpo. Grande es la gloria de este siervo de Dios y ninguna necesidad tiene de apoyarse en milagros cuya/ (p. 289) certitud no está bien comprobada...Uno de los mayores consuelos que tengo es el haber estado yo también en aquel santo subterráneo y haber venerado los huesos de mi santo Patrón y Padre”

- Cherancé (1884): (p. 274) “La traslación clandestina del cuerpo de San Francisco produjo consecuencias muy lamentables, puesto que han pasado casi seiscientos años sin conocerse el sitio de la sepultura. La imaginación popular inventó las leyendas más interesantes acerca de la actitud y cualidades del cuerpo de San Francisco, pero faltaba la certeza histórica, y hasta el siglo XIX no se ha descubierto el velo que cubría este misterio. En 1819, Pío VII autorizó al padre José de Bonis, (p. 275) general de la Orden de frailes Menores conventuales, para que se hiciesen escavaciones, bajo el altar mayor de la iglesia inferior. Después de haber estado trabajando en secreto cuarenta y dos noches, descubrieron la verja de hierro, y en la del 12 de diciembre apareció la urna entera. El esqueleto estaba intacto, tenía los brazos cruzados y despedía un suavísimo olor. La urna era desproporcionada para el tamaño del cuerpo. Tenía el esqueleto puesta una piedra a manera de almohada que, como es sabido, no solía usar otra el Seráfico Patriarca. Alrededor de la urna se hallaron una sortija de plata con una carolina antigua, pedazos de tela, monedas del siglo XIII y veintiocho cuentas de rosario, doce de ámbar y diez y seis de ébano. No se halló ninguna inscripción tumularia, ni había razón para que la hubiese; puesto que llamán-

dose el templo Sepulcro de San Francisco y estando escrito por doquier el nombre del Serafín de Asís, estaba de más toda inscripción o epitafio. Pío VII comisionó a los Obispos de Asís, Nocera, Espoleto, Perusa y Foliño para que se cerciorasen de la identidad del cuerpo, y después de haber examinado por sí mismo la causa, declaró solemnemente en un Breve de 5 de Setiembre de 1820, que el cuerpo hallado bajo el altar mayor de la basílica patriarcal era indudablemente el de San Francisco de Asís. Cuatro años después, en el pontificado de León XII, el sepulcro quedó convertido en un santuario que lleva el nombre de iglesia sepulcral. Los adornos de la cripta son de mármol de colores. Sobre la urna y contigua al pilar que sostiene toda la obra, se halla un altar, y por los muros, diez bajorrelieves de barro cocido”

- Malo (1884): (nota, p. 777 Cornejo) “Lo que aseguran testigos tan intachables y de la mayor excepción (p. 778) no se puede poner en duda. En aquel tiempo el cuerpo del Seráfico Patriarca se hallaba de tan admirable manera. ¿Pues cómo ahora se ha encontrado de otra tan diferente, no hallándose más que sus santos huesos y fuertemente guardados entre cadenas de hierro? ¡Adoremos los juicios del Señor! Aquel estado era milagroso, era un estupendo milagro; pero Dios no ha querido continuarlo hasta nuestros días. No es este suceso una cosa insólita. Hay ejemplos en la historia algo semejantes, de santos, cuyos cuerpos se han conservado muchísimos años en admirable incorrupción y como con señales de vida, y luego se han visto reducidos a polvo, quedando solos los huesos. ¿Por qué así? Dios es el que lo hace, y cuando quiere lo hace de otro modo. P. M. Malo”.

- Bracaloni (1924): (p. 160) “Onorato di superbi monumenti, ritratto in migliaia di figure, S. Francesco dopo di morte era più vivo che mai; non già nel sotterraneo favoloso, ove si diceva rimanesse eretto ed estatico, ma nell'estatica mente e nel cuore dei discepoli e del popolo, che volevano ricambiarlo di tutto il suo amore”

- Facchinetti (1925): (p. 378) “Una antigua leyenda que ha ido formándose sobre una especie de profecía formulada por Ubertino de Casale en su libro *Arbor Vitae crucifixae*, en la cual es prometida a Francisco una especie de resurrección anticipada- y que se remonta hasta el siglo XIV y aun, según (p. 379) algunos, hasta el siglo XIII, si bien se difundió especialmente en el XVII- nos dice que Francisco estuvo en pie durante siglos en su sepulcro. He aquí la relación que se hacía del supuesto prodigio. Cierta noche, mientras se hallaban en oración algunos religiosos en la Basílica, junto al altar del Santo, sintieron un fuerte terremoto que derribó el altar y

removió algunas piedras del pavimento alrededor del mismo; por las hendiduras veíase salir un gran resplandor y se desprendía un olor muy fragante. Temerosos los tales de algún deterioro en la morada en que se hallaba bajo el altar el cuerpo del Seráfico, trataron de penetrar allí y halláronlo en pie sobre la cobertura del sarcófago, con los ojos abiertos hacia el cielo, cual si estuviese vivo, con el rostro blanco y reluciente y con los rojos estigmas bañados de fresca sangre: dicha cobertura estaba fuera de su puesto y algún tanto removida; así que los religiosos pudieron observar a través del hueco que se había formado, que la caja de madera seguía cerrada.(1) Nota. “Llegó entonces a tanto la audacia de algunos escritores que el P. Francisco Ángel de Rivortorto en su *Collis Paradisi Amoenitas* (Montefiascone 1704) tuvo la osadía de llegar a publicar una planta, fruto de su ardiente imaginación de la pretendida tercera iglesia subterránea, en la cual se ve al Santo Taumaturgo puesto de pie sobre la tumba, con la capilla en la cabeza y las manos en las mangas”.(Fin nota). “¿Qué pensar de semejante relación? No existe otra garantía de la historicidad del ruidoso acontecimiento que la tradición oral, conservada entre los religiosos conventuales de Asís y entre los habitantes de la ciudad. Ni aun el famoso Bartolomé de (p. 380) Pisa, que en sus “Conformidades” ha acogido tantas otras leyendas, hace para nada mención alguna de ésta. Sólo cuando Wadingo publicó en 1625 el primer volumen de sus *Anales*, se nos comunica la relación de ciertas visitas hechas al Santo Patriarca por notables personajes –como el Cardenal español Gil Albornoz, el Duque Francisco Sforza, los Sumos Pontífices Nicolás V y Sixto IV y el Sr. Galeote Bistocchi- todos los cuales, según dice, vieron el cuerpo “intacto y puesto en pie”; y de que así fuese y ahora se halle-continúa el célebre analista,- subsiste entre los nuestros, y especialmente en el sacro convento de Asís, una constante tradición (nota: *Annales ad annum 1230. n. 4*). Con todo, la crítica actual reputa unánimemente estas cosas como falsificaciones de los siglos XV y XVI, por las cuales se dejó seducir el célebre analista (nota: *Annales*, pp. 71-72). En todo caso, ninguno de estos apócrifos documentos consigna ni tampoco alude al pretendido terremoto de que hablé antes; lo cual quiere decir que, en el tiempo en que escribía Wadingo, no se hablaba ya de ello. La que sí permanecía viva en el pueblo es la convicción de que el Santo de Asís, si no derecho sobre sus pies, estaba incorrupto en su sepulcro. Así las cosas, se alzó en contra de la piadosa leyenda el religioso franciscano Fr. Octavio Spader, Obispo de Asís, en 1705, oculto bajo el seudónimo de Pedro Orsini. Siguiéronlo otros, renovando con más furia el asalto, y sosteniendo que no se había librado el cuerpo del Poverello de la ley general que condena los cadáveres a la corrupción, hallándose convertido en polvo y huesos. Más tarde, en 1799, otro franciscano, el P. Flaminio de Latera, se atrevió a poner en duda, o a negar

la presencia de las reliquias del Santo en la Basílica destinada a su culto, en una monografía con el título: *Quanto sia incerto che il Corpo di San Francesco sia nella sua Chiesa d'Assisi.*

Para dirimir tales cuestiones y hacer luz acerca de la verdad de los hechos, no quedaba sino un procedimiento; el de excavar en el sepulcro (p. 391) del Santo en busca del cadáver, que no se sabía ni aun en qué parte del templo había sido colocado. Inútilmente había procurado hacerlo así el General Fr. Juan Pichi de Camerino, en tiempos de Pío V, en 1570; otra tentativa se llevara a cabo con igual objeto en 1607, de un modo oculto, si bien con consentimiento de Benedicto XIV por el P. Ubaldo Tebaldi; pero ni uno ni otro trabajo lograron nada práctico, por estar reservada al siglo XIX la gloria de dar con el precioso tesoro. Dióse comienzo, en efecto, a las primeras indagaciones en 1806, bajo la inteligente dirección del P. Nicolás Papini, a la sazón General de los Conventuales: pero habiéndose suspendido poco después los trabajos, a causa de la supresión de las órdenes religiosas, no volvieron a reanudarse hasta 1818. Entonces otorgó Pío VII licencia al nuevo Ministro de los Conventuales, P. José de Bonis, para proseguir las excavaciones, para explorar debajo del altar mayor, obra rigurosamente prohibida antes por Paulo V. Hiciéronse los trabajos en secreto, prosiguiéndolos por espacio de cincuenta y dos noches. Se excavó en la roca, rompiéronse muros y se dio con una reja de hierro que protegía un esqueleto de hombre tendido en un sepulcro de piedra, del cual salía una fragancia suavísima. En la caja, alrededor de los huesos, se veía entre el polvo un anillo de plata con un coral engastado en piedras preciosas, varios restos de paño, alguna moneda de aquella época y veintiocho granos de collar, doce de ámbar y dieciséis de ébano. No había allí ninguna inscripción sepulcral, que para nada se necesitaba, puesto que toda la Basílica venía a formar un sepulcro. Pío VII delegó inmediatamente a los Obispos de Asís, Nocera, Espoleto, Perugia y Foligno, para proceder, en compañía de médicos, a un examen legal destinado a reconocer la autenticidad de aquellas sagradas reliquias, y después de examinar diligentemente él mismo, con una congregación de Cardenales y Teólogos, la causa, declaró solemnemente, por medio de un Breve pontificio, fechado el 5 de septiembre de 1820, que el cuerpo hallado bajo el altar de la Basílica dedicada al Santo Patriarca era realmente el del (p. 382) Poverello de Asís. Poco después, el sepulcro del humilde Francisco se transformaba en glorioso Santuario. Quedó la urna en el lugar que ocupó por tantos siglos, pero, en cambio, se adornó la tumba, con bronce y mármoles y se amplió la cripta, decorándola con bajorrelieves ajustados a diseños del escultor Belli, de Asís. Por debajo de la caja se dispuso un altar, apoyado en una columna que sostiene

el edificio. En el hemicycle situado entre la cripta y las gradas que conducen al huerto del sacro convento, admíranse dos estatuas, representativas de Pío VII y Pío IX”.

- Tormo (1926): (p. V) “Pedro de Mena labró el San Francisco de Asís del Tesoro de la catedral de Toledo...Nadie había pensado hasta el día en el germen creador de la obra... (p. VI) En Murcia, en la vieja iglesia de la Merced, subsisten unos seis cuadros de técnica excelente, de gran arte. Un sexto representa a San Francisco muerto, pero en pie, enhiesto, como vivo, y al Papa Nicolás V, vestido de púrpura cardenalicia, y a otro prelado, de rodillas ante la maravillosa total reliquia del Santo de Asís, del todo incorrupto el cuerpo, la sangre como recién manada de los estigmas...(p. VII) Allí tenía latente, pero palpable, el secreto de la inspiración de la talla de Mena, y de las que la precedieron y la continuaron. El carácter de la mortal transfiguración del San Francisco, rígido, con rigidez de sepulcro, de Pedro de Mena, ya no sólo por el amor divino, sino por la muerte y la bienaventuranza, lo sublime en lo macabro, el cadáver transfigurado, inanimado de vida y animado de alma, sólo de alma, incorrupto y lleno todavía del transporte de amor, al arrebató de una muerte de amor, todo eso nunca visto, ahora lo vemos preñado de extrañísima poesía del más allá y del misterio del alma que más amó a Dios, y por Dios a las criaturas”.

- Sánchez Cantón (1926): (p. 40) “La más original y honda interpretación de San Francisco de que puede enorgullecerse el arte español, es la que culmina en la famosa escultura del Tesoro de la catedral de Toledo; innumerables réplicas, imitaciones y copias han hecho de ella la más conocida de nuestras representaciones del Santo de Asís... El San Francisco, de Toledo, es representación de su momia. El Sr. Gómez Moreno hace años que hubo de observarlo en algunas pinturas granadinas. Dice Pacheco: “Cómo está San Francisco milagrosamente en Asís, en pie después de tantos años, como si estuviera vivo, ya se sabe por las pinturas, como se ve en San Francisco, de Madrid, en la primera estación del claustro, aventajadamente pintado de mano de Eugenio Cajés”. Lo contempló el tratadista sevillano, según declara en 1625. Que su cuerpo permanecía en pie bajo el altar de la iglesia inferior de Asís, como si fuese vivo, venía siendo tradicional. Lo que en ello haya habido de cierto no nos importa ahora, que bastan al arte apariencias y creencias. (p. 41). La inspirada imagen de Pedro de Mena no fue creación personal suya. Ya se adujo un precedente seguro de pincel: el cuadro hoy perdido de Eugenio Cajés, anterior a 1625. También es anterior a la escultura el admirable cuadro de Francisco Zurbarán, en el Museo de Lyon, que quizá deba fecharse hacia 1635...En cuanto a precedentes escultóricos,

el problema (p. 42) es más complejo...Creo al de Toledo el espécimen más depurado y más bello de este tipo. Su descendencia es innumerable. Abundan (p. 43) las copias, sobre todo en Castilla...La variante de mayor riqueza emotiva, por su sentimiento popular, es el San Francisco que se guarda en la sacristía de Yepes...Es el San Francisco de Mena uno de los mayores aciertos del arte español: sin detalles anecdóticos, sin recursos que hablen a la fantasía, conmueve con la sencillez de la expresión directa de un claro sentimiento”.

- Bihl (1928): (traducimos el texto latino) (p. 601) “Sobre cierto epitafio apócrifo de S. Francisco-. Al artículo anterior “Sobre la canonización de San Francisco” añadimos aquí un breve apéndice acerca de este epitafio antiguamente célebre, pero totalmente refutado y desechado en el año 1818, y después sumido en el olvido. “Gregorio IX procuró que se pusiera esta inscripción en el sepulcro por él preparado”, dice Wadingo, el primero que la divulgó, en B.P.Francisci Opuscula (Antuerpiae 1623), agregando que había sido grabada por un noble de Asís, que había acompañado al duque Francisco Esforzia, cuando había visitado el cuerpo del Santo. “De este pasó a sus descendientes, de quienes la he recibido yo”, dice Wadingo.

- Angulo (1969): Obras de Eugenio Cajés. (p. 229) “nº 24. Retablo de San Francisco. Madrid. Pedro Rens. 2’52 x 2’06. El 12-IX-1613 se obliga a pintarlo con un lienzo como el del Claustro de San Francisco, es decir, según la *Visita de Nicolás IV* (sic) *al Sepulcro del Santo*, de su propia mano y no de otra. Lo terminaría antes de fines de noviembre. Su precio 600 reales. Saltillo, Boletín Academia Historia 1947, p. 607”. (p. 247) “nº 169. San Francisco difunto. Madrid. San Francisco el Grande. En pie, como lo vio el papa Nicolás IV (sic). En el ángulo del claustro que mira a la portería o en la primera estación del claustro. Ponz no lo cita, y Ceán se refiere a él en pretérito. Se conserva el dibujo en la Albertina de Viena. Ha de ser anterior a 1613, en que E. Cajés se compromete a hacer una copia del mismo para Pedro Rens. Una copia (?) en la parroquia del pueblo madrileño de Fuente del Saz y una derivación con variantes en la catedral de Wloclaw (Polonia), expuesta en Poznan, como del círculo de Zurbarán”.

- Gaya Nuño (1974): Obras de Zurbarán. (p. 113) “nº 369. San Francisco. Lyon. Musée des Beaux –Arts. En 1789 se hallaba en un convento de Lyon no identificado. El tema (que representa al santo momificado), pese a ser bastante frecuente en España, no conoció una interpretación correcta hasta 1932, cuando la obra de Émile Mâle, *L’art religieux après le Concile de Trente*, divulgó la leyenda según la cual el cuerpo de San Francisco, tras-

lado a la iglesia que Gregorio IX le había consagrado, fue conservado en pie, en una cripta bajo el altar mayor, con los ojos fijos al cielo. Kehrer señala el profundo sentimiento de inmaterialidad y de muerte en la expresión extática del santo. Soria subraya el plasticismo de la figura, evidenciado por la rigidez de la postura y el vigor de los paños, y propone la fecha 1640-45. Tradicionalmente era atribuido a Ribera; reconocido como obra de Zurbarán hacia 1847". "nº 370. Boston, Museum of Fine Arts. Réplica del nº 369". "nº 370 bis. Barcelona. Museo de Arte de Cataluña. Réplica de los anteriores. Guinard registra dos réplicas, una en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, de excelente calidad".

- Vargas-Díaz (1975) p. 60 "Una serie de excepcional belleza, dedicada a San Francisco de Asís, fue conocida el año pasado por los autores de este artículo, en una visita al convento franciscano de Huaquechula en el Estado de Puebla. Los lienzos que la componen se pudieron ver gracias al celo de Gonzalo Alejo Martínez, encargado del templo, quien descubrió y rescató de la humedad y del olvido estas obras. En la actualidad, se han colocado la mayor parte de los cuadros en la sacristía del templo y otros cuelgan sobre el muro derecho que limita al presbiterio. Las obras despertaron de inmediato gran admiración e interés, por su buen oficio, composición, colorido y la singular calidad decorativa con que están tratados los temas. El domingo 17 de marzo de 1974 fue publicada una nota ilustrada (p. 61) en el periódico "Excelsior" para dar a conocer la existencia de las pinturas y como anticipo de este artículo. La primera parte está escrita por Elisa Vargas Lugo y el estudio iconográfico por Marco Díaz. Las pinturas fueron donadas o costeadas por diferentes personas. Los nombres de los donantes están escritos en la parte baja de cada lienzo. El cuadro nº 9 que representa al Papa Nicolás V ante el cadáver de San Francisco, se hizo a devoción de don Miguel de León. (p. 72). El autor es el pintor Luis Berrueco (1683-1750), natural de Puebla de los Ángeles, seguidor de Villalpando y de Correa.

La escena del cuadro de Berrueco se describe así: en el centro Francisco, estático, de pie, con hábito, la capucha calada, flanqueado por dos grandes lámparas; a sus pies, de rodillas ocho figuras, cuatro a la izquierda, siendo la más céntrica la del Papa; las cuatro de la derecha parecen ser de frailes. Seguramente, la serie estuvo colocada en el claustro del convento. (p. 80) El tema, divulgado por las « vidas » grabadas del siglo XVII como la de Thomas de Leu y por los *Annales* de Wadding, tuvo gran fortuna internacional entre los pintores y escultores. El *Compendio de la vida maravillosa del gloriosísimo padre San Francisco, patriarca y fundador de la Orden de los Menores, deducida de la Crónica seraphica y entresacado de lo que escribió el Ilustrísimo Damián Cornejo*. (México, Joseph Bernardo

del Hogal, 1735, p. 713) nos informa del suceso. Aunque el tema fue representado en el mundo hispánico con frecuencia, en este caso la escena aparece completa. La cripta iluminada tenuemente por dos lámparas de plata muestra un cierto misterio. El dignatario eclesiástico toca los estigmas de los pies del santo, quien en su incorruptibilidad es equiparado a Cristo. Los acompañantes; un civil, dos clérigos y cuatro frailes expresan un asombro tan grande como el de nosotros al encontrar este testimonio de conocimiento de las tradiciones en la Nueva España del siglo XVIII". Santiago Sebastián cita este artículo en *Contrarreforma y Barroco*. Madrid 1981, p. 286-87.

- Gerlach, Pater OFM Cap Kloster's von Hertogenbosch firma el artículo "Franz von Assisi (1974): (p. 311, col. 1ª, recopila en alemán los datos de los franceses Réau y Mâle). No menciona el cuadro de E. Cajés.

- Gómez Moreno (1983): (p. 418) "Villanueva de Gómez.- Iglesia parroquial fundada a principios del siglo XVI. Sufrió un incendio en 1971, destruyéndose la cubierta de las naves y parte de la cúpula. Abandonada sin culto, se ha construido una iglesia nueva. No pudimos entrar porque los escombros impiden abrir la puerta, pero puede verse que se conserva la estructura interior de piedra. Todas las obras reseñadas por el Sr. Gómez Moreno han sido vendidas para la construcción de la nueva iglesia". (419) "Pintura.- Cuadrado del hallazgo del cuerpo de S. Francisco y retratados en primer término un hombre con sus dos hijos vestidos de negro y arrodillados. Primera mitad del siglo XVII, y recordando algo la escuela de Carducho. Preciosa moldura estofada". Nota: "También vendido, como el resto. Según D. Angulo y A.E. Pérez Sánchez, sería versión del lienzo de Cajés", en "Pintura madrileña", 169.

- Réau (1997): (p. 558) "Iconografía franciscana postridentina.- Después del Concilio de Trento, el arte barroco creó una segunda iconografía de San Francisco, muy diferente a la del Trecento y a la del Quattrocento. (p. 560) Al mismo tiempo surgen nuevos temas, desconocidos para Giotto y su tradición, caracterizados todos por la preponderancia del elemento místico y visionario. San Francisco recibe en los brazos al Niño Jesús que le alcanza la Virgen, o a Cristo que se desclava él mismo de la cruz... Por último, se representa la Visita macabra del papa Nicolás V, quien desciende a la cripta de Asís donde lo ve de pie sobre su tumba, cadáver vivo, con la sangre todavía fluyendo de sus estigmas. ¿Dónde nació esta iconografía franciscana? En los conventos de capuchinos españoles y flamencos. Ello explica su difusión internacional. (p. 563).- El papa Nicolás V, en 1449, descendió a la

cripta de la basílica de Asís y vio a san Francisco de pie, con los ojos elevados al cielo y las manos unidas. El santo se levantó el sayal y descubrió uno de los pies estigmatizados de donde aún fluía la sangre. Numerosos pintores del siglo XVII evocaron esta macabra visita. Pero el arte español también ha representado a San Francisco sólo, de pie en su tumba, como un cadáver vivo.

- Siglo XVII; Jean Le Clerc. Serie grabada hacia 1610. El papa, arrodillado, descubre los pies estigmatizados de san Francisco.- Gérard Douffet. Tela pintada para la iglesia de los hermanos menores de Lieja, 1627. Galería de Schleissheim.

- Laurent de La Hire. Tela pintada en 1630 para los capuchinos del barrio parisino del Marais. Louvre. Esta escena lúgubre está iluminada por una antorcha.- Jean Restout. Cuadro pintado para los capuchinos de Ruán. - Zurbarán. Museo de Lyon.- Pedro de Mena. Estatua del tesoro de la catedral de Toledo. 1663”.

- Mâle (2001) (p. 449): “El arte del siglo XVII sólo retuvo de la vida del san Francisco lo que tenía de más maravilloso: éxtasis, visiones, mensajes del cielo, (p. 450) escenas sobrenaturales. A ellas pronto se tuvo que añadir un episodio extraordinario. San Francisco había sido sepultado en la iglesia inferior de Asís, pero el recuerdo del lugar preciso en el que se encontraba su cuerpo, se perdió. La Orden franciscana no tardó en imaginar, con respecto a este tema, una fantástica leyenda. Era sabido de los hermanos que bajo la iglesia inferior de Asís había otra tumba, que también era conocida como la de san Francisco; en ella, el santo estaba de pie, con los ojos abiertos y la sangre de sus heridas seguía derramándose. Pronto apareció un maravilloso relato y se extendió por toda la Orden acreditando la tradición. En él se informaba cómo en 1449 el papa Nicolás V quiso descender a la iglesia subterránea de Asís. A la quinta hora de la noche, acompañado de algunos personajes de su cortejo, hizo abrir una entrada tapiada y penetró por una puerta de hierro en un santuario de tres naves. A la luz de las antorchas vio a san Francisco, de pie sobre una losa de mármol, con los ojos elevados al cielo, las manos juntas y cubiertas por las mangas de su hábito. El santo parecía vivir, tanta era la luz que tenía en sus ojos. Un suave olor envolvió la iglesia. El Papa, arrodillándose, levantó el bajo del hábito y descubrió uno de sus pies; todos los asistentes pudieron admirar la llaga de la que aún se derramaba sangre. Este relato estaba atribuido al cardenal Austergius, que había acompañado al Papa en su visita. No sabemos en qué momento pidieron los franciscanos a los artistas que representasen este

tema; lo que sí es cierto es que , desde principios del siglo XVII, tenía ya su lugar en el arte, como lo demuestra la Vida de San Francisco de Asís, grabada por Thomas de Leu (h. 1600 ó 1610, París). Una de las planchas representa, en efecto, la visita de Nicolás V a la cripta de Asís. Parece que los Annales, el gran libro de Wadding, que comenzó a aparecer en 1628, contribuyeron particularmente a acreditar y a extender la leyenda: el relato del cardenal Austergius se recoge todo entero y se presenta como auténtico. En 1630, La Hyre pintó (p. 451) para los capuchinos de Marais el cuadro que se encuentra en el Louvre. La oscuridad de la iglesia subterránea, el aspecto del santo que parece a la vez muerto y vivo, el gesto del Papa levantando el bajo del hábito y descubriendo el pie estigmatizado, todo está conforme al texto consagrado desde entonces. La Hyre ha tenido el mérito de sentir vivamente la extrañeza del relato y de interpretarlo con un poético misterio. En el siglo XVII, las Órdenes relacionadas con san Francisco hicieron representar este tema a los artistas. Louis Boullogne, padre, lo pintó para los capuchinos de Caen. Jean Restout para los de Rouen, Snelle para los de Orléans, Douffet para los franciscanos de Lieja. En Leiria, en Portugal, los franciscanos mandaron hacer para su convento, en el que Wadding residió algún tiempo, un bajorrelieve representando la visita del Papa a la cripta de Asís. Domenico Piola pintó el mismo tema en la iglesia de san Felipe Neri, en Génova. La extraña figura de san Francisco, que contempla y que adora más allá de la muerte, estaba hecha para seducir a los artistas. En España, los escultores la aislaron e hicieron de ella una maravilla. Los historiadores del arte jamás se han preguntado qué significa esa sorprendente figura de san Francisco que se puede ver en el tesoro de la catedral de Toledo: se la ha atribuido a Alonso Cano, pero es de Pedro Mena. Los brazos cruzados entre las mangas, el hábito cubriendo los pies, rígido como un cadáver, san Francisco levanta al cielo los ojos extasiados. Parece a la vez muerto y vivo; en efecto, este san Francisco es el santo que sueña en la iglesia subterránea de Asís. Es el san Francisco de Leu, de La Hyre, de nuestros artistas franceses, pero tocado por la mano del genio. Si podía haber dudas sobre este tema, el examen del san Francisco de Zurbarán, del Museo de Lyon, las haría desaparecer. En este extraño cuadro, el cuerpo rígido, la boca entreabierta, los ojos levantados al cielo, pero algo vidriosos, indican que el santo ha atravesado la muerte ”.²

² Tanto Réau como Mâle parecen desconocer el cuadro de Eugenio Cajés, pues no lo mencionan.

Elenco de artistas que han plasmado la imaginaria escena

Thomas de Leu, grabado (Paris, h. 1600).

Jean Le Clerc. grabado, hacia 1610.

Eugenio Cajés (anterior a 1613), San Francisco el Grande de Madrid, desaparecido. Su dibujo se conserva en el museo de Viena.

Laurent de La Hyre, convento capuchino de Marais (1630), hoy Museo del Louvre.

Louis Boullogne, padre, convento capuchino de Caen (s. XVII).

Jean Restout, convento capuchino de Rouen (s. XVII).

Snelle, convento capuchino de Orléans (s. XVII).

Gérard Douffet, convento franciscano de Lieja (1627).

Domenico Piola, iglesia de San Felipe Neri, de Génova.

Francisco Zurbarán, (San Francisco sólo) Museo de Lyon.

F. Zurbarán, réplica, Boston, Museo de Bellas Artes.

F. Zurbarán, réplica, Barcelona, Museo de Arte de Cataluña.

F. Zurbarán, réplica, convento Descalzas Reales, Madrid.

Anónimo, Wloslaw (Polonia), hoy en Poznan.

Polanco, convento franciscano de Cocentaina (1782), desaparecido.

Anónimo, sacristía de la parroquia de Yepes (Toledo).

Anónimo, parroquia de Fuente del Saz (Madrid).

Anónimo, parroquia de Villanueva de Gómez (Madrid), vendido.

Anónimo, Instituto Teológico de Murcia OFM, procedente del convento de franciscanos o del de capuchinos, en Murcia (s. XVII).

Anónimo, sacristía del convento de San Francisco de Hellín. Desaparecido en 1936³.

Anónimo, claustro del convento de San Francisco de Hellín. Desaparecido en 1936.⁴

Anónimo, iglesia franciscana de Alcázar de San Juan.

Pedro de Mena , escultura (San Francisco solo), catedral de Toledo.

Anónimo, bajorrelieve, convento franciscano de Leiria (Portugal).

³ La existencia del cuadro se documenta en la relación de “Objetos de arte sacro que ha perdido la Comunidad de PP. Franciscanos de Hellín (Albacete) durante la revolución marxista (1936-39)”, con sello del convento, que obra en el Archivo de la Provincia Franciscana de Cartagena (APFC). Entre las pinturas se cita: “Un cuadro tamaño mayor, del hallazgo del cadáver de Ntro. Padre San Francisco, por el que daban 20.000 pts.” Se encontraba en la sacristía. Contamos, además, con sendos testimonios de tres religiosos que moraron en ese convento antes de 1936. Primero, el testimonio oral de Fr. Bernardino Sánchez de la Ossa, que residió allí en 1927. En segundo lugar, el P. Pedro Lozano escribe en sus “Apuntes” inéditos: “Un cuadro de gran tamaño, de su Santidad y los Cardenales venerando el cuerpo de Ntro. Padre San Francisco, de la escuela de José Ribera (acaso de Orrente o L. Suárez)” (APFC). Por último, el P. Deodato Carbajo lo menciona entre los objetos artísticos que albergaba el convento en 1931 (*Restauración de la Provincia Seráfica de Cartagena*. Murcia 1968, 150). En la antedicha relación aparecen también: “Catorce lienzos de la vida de San Francisco (en el claustro central del pozo): el n° 11 representa el Hallazgo del cadáver del Santo Padre”. Estos eran de menor tamaño.

⁴ Fr. José María Milán, morador del convento de La Merced (Murcia), me contó (octubre de 1981) que hace unos años vino un señor de Alcalá de San Juan, familiar de un jesuita residente en Murcia, y al contemplar el cuadro de San Francisco en la sacristía, dijo que en su ciudad había un cuadro idéntico , con la particularidad de que los clavos sobresalían en las llagas de las manos de S. Francisco.



